

El Maltrato Cultural de la Sociedad Andina: Un Aspecto de Exclusión¹

José J. Contreras²
Fundación *Paideia*

Cuando en ámbitos académicos y políticos se usa el término “excluido”, este identifica generalmente a personas que se encuentran fuera de la sociedad productiva. Como tales, no trabajan y no pueden generar un sustento que les asegure una “vida digna”. Como puede verse de lo anterior, el problema de la “exclusión” es comúnmente abordado desde del ámbito económico, el “excluido” se encuentra fuera de la sociedad productiva y hay que incluirlo para que no genere problemas. Para ello procuramos, ya sea a través del Estado o de organizaciones no gubernamentales, enseñarles algún oficio productivo que les brinde la oportunidad de ingresar a la sociedad de mercado y de generarse un sustento. Asimismo, el problema se aborda paralelamente con algún tipo de terapia que procure superar algunos problemas de formación que puedan haberse generado por las carencias en su entorno social circundante.

Para el Estado y los académicos el problema de la “exclusión” es normalmente entendido como resultado del problema de la pobreza. Al ser así, la “exclusión” es entendida como consecuencia de la distribución poco equitativa de los recursos o, por otra parte, como falta de eficiencia y efectividad en la producción. Si la pobreza se entiende como un problema de distribución entonces su erradicación amerita de la reestructuración de las cadenas de distribución. Ello implica destruir carteles, oligopolios y monopolios, y asegurar condiciones mínimas para una negociación transparente y equitativa entre cada uno de los eslabones de la cadena productiva. Desde el segundo punto de vista, la pobreza debe ser erradicada a través de la continua optimización de la producción de modo que el capital

¹ Jornadas de Reflexión: Exclusión, Violencia, Drogas... Factores que atacan nuestra población infantil y juvenil. Análisis, Alternativas, Alianzas Estratégicas”. Fundación Don Bosco. Mérida, 4 de diciembre 2003.

² Miembro fundador de la Fundación Paideia y estudiante del doctorado en Sistemología Interpretativa de la Universidad de Los Andes. E-mail: joaquin@ula.ve

generado aumente, se distribuya entre los diferentes estratos sociales y, así, lleguen más recursos a los niveles inferiores.

Ambos puntos de vista, si bien pueden ser considerados como contrarios y contrastantes, no divergen mucho con respecto a qué hacer con el “excluido”, en especial con los “jóvenes excluidos”. Ambos recomendarían formación laboral y no tendrían problema alguno con respecto al tratamiento psicológico. Quizás el punto de vista relativo a la falta de equidad en la distribución de los recursos también asomaría la necesidad de formarlos para que se mantengan vigilantes en lo relativo a una distribución más equitativa de la riqueza, mientras que desde el punto de vista que mira la pobreza como improductividad, sólo se haría énfasis en la optimización y la competitividad.

Sin embargo, como ha venido asomándose con fuerza en los discursos políticos y académicos, la pobreza también debe ser vista como un problema de reconocimiento. Ciertos seres humanos, como los provenientes de los pueblos indígenas, sufren de discriminación social y son vejados de diversas formas, algunas evidentes y otras más subrepticias y ocultas. La vejación radica básicamente en que no los reconocemos y esto puede verse desde dos vertientes. Por una parte, a veces no los reconocemos porque los vemos como distintos a nosotros. En efecto en oportunidades consideramos a los indígenas como inferiores, y por lo tanto los vemos como unos salvajitos, una especie de animalitos, que por lo tanto no merecen nuestro respeto.

En otras oportunidades, vemos a los indígenas como iguales a nosotros y esto también puede generar falta de reconocimiento. En este caso no los reconocemos porque al verlos como idénticos a nosotros no entendemos que tienen visiones del mundo distintas y que su concepción y relación con el mundo difiere radicalmente con la nuestra. Al no reconocerlos como distintos no les respetamos sus creencias y sus actitudes, muchas veces sin darnos cuenta que lo estamos haciendo, e incluso promovemos el cambio de las mismas, repito, sin ni siquiera darnos cuenta que lo estamos haciendo.

En lo siguiente intentaremos acercarnos al problema de la “exclusión” en la sociedad andina venezolana como un problema de reconocimiento.

En la región que nos ocupa es común que nos encontremos con jóvenes que provienen de zonas campesinas, o en su defecto provienen de familias que migraron desde el campo. Es por eso que en Mérida encontramos por doquier restos de cultura campesina. Si abordamos el problema con una mentalidad economicista no podremos comenzar siquiera a desentrañar la profunda hostilidad con la cual tratamos a esos otros seres humanos por el hecho de ser campesinos, por el hecho de no ser de la ciudad, por no ser modernos.

La hostilidad de la ciudad es omnipresente en contra de esta gente y lo es porque los ciudadanos piensan tener una mejor visión del mundo, piensan tener más conocimiento, piensan tener más verdad, piensan, a fin de cuentas, ser superiores, ser seres superiores a esos bárbaros, semi-salvajes, “tierrúos”, “camporusos”, campesinos, que ni desodorante usan. Seres despreciables que parecen estar en niveles inferiores de la escala evolutiva, que todavía viven apegados a la tierra y que ni Internet usan los ignorantes.

Pero seguramente muchos dirán que no todos los ciudadanos son así, muy por el contrario, muchos dirán que al campesino hay que tratarlo bien, “pobrecito”. El campesino es ingenuo y tímido, “pobrecito, si es de lo más buena gente”. Debemos ayudarlo para que estudie y se prepare para que deje de ser ese “buen salvaje” que cree en rezanderos, en vez de los doctores de la ciudad, para que se bañe y deje de heder tanto, para que le pierda el respeto al agua y la malgaste. En fin hay que ayudarlo, “pobrecito”, para que sea de ciudad, como nosotros, modernos y superiores...

Esa hostilidad que le genera la ciudad, esa hostilidad que atenta contra lo que el campesino *es*, es aún más hostil por una razón básica, el campesino, en especial aquel que migra a la ciudad, se cree el cuento, se cree un ser inferior y reniega de su ser campesino.

El campesino andino vive en su mundo y en él todo tiene sentido. El campesino andino podrá no saber donde queda Egipto o Argentina, podrá jamás haber visto un dólar y podrá no tener teléfono celular pero conoce muy bien su mundo. Conoce a la perfección el mundo aledaño a la aldea, quien vive en cada casa, de que familia son, en que tiempo debe sembrarse y cosecharse, en que tiempo debe brindarse las ofrendas a San Isidro. Su mundo es suyo, vive en él y está en casa, todo tiene sentido.

Para el campesino todo es un don que hay que agradecer. No es que el árbol se siembra industrialmente para extraerle todos sus beneficios y luego cortarlo. No, el árbol, la hortaliza, el terreno se cuida y se siembra. La cosecha no es recoger el “producto”, la cosecha es recibir los dones y eso hay que agradecerlo. Se reciben los dones y se agradece a San Isidro con paseos en los que se le ofrendan las primicias, se le hace una misa, se le prenden velas, se le hace una fiesta, para celebrarle y agradecerle. San Isidro es tierra, la tierra que se ofrenda en la siembra y en la cosecha, y a la que debemos retribuirle los dones que nos brinda. Tierra que se encumbra en los aires y se convierte en Páramo y en nubes. La tierra y los aires son lo mismo, porque en el páramo se encuentran y se asemejan, se hacen uno.

También hay que agradecer a San Benito, a La Candelaria, a San Rafael, porque ellos brindan el agua, el agua buena. En los diferentes pueblos pueden variar los santos, pero lo que no varía es que haya un santo asociado al agua. Se le ofrenda al Santo en agradecimiento por el agua. El agua que corriendo por la acequia riega los campos y alimenta la casa. El santo se pasea, se le hace su fiesta, se le sube y se le baja, se le baila, y se le hacen sus ofrendas porque hay que ser agradecido con los dones recibidos. También se le ofrece café, granos y cacao a la Laguna para que en agradecimiento haga buen Páramo.

Tierra y agua, Páramo y Laguna, Arriba y Abajo, todas ellas ubican al campesino andino en su mundo pleno de agradecimiento. Cuando no se agradece al agua, a la Laguna, San Benito se pone bravo, pero, ¿quién no se pone bravo con un malagradecido?, no es que San Benito sea malo, es que al malagradecido no vale la pena darle nada, no se lo merece y así el río se crece y se lleva la siembra y, a veces, hasta la casa.

No se trata de una relación individual sino comunitaria. El agradecimiento se vive en comunidad. Se cosecha entre todos, la familia, los compadres y los amigos. Todos aplican un convite, la “mano e’ vuelta”, y entre todos recogen la cosecha de cada uno. No se cobra por eso, pero todos quedan agradecidos por el don recibido y luego cosecharán en las siembras de cada uno. Todo es un don, todo se agradece, todo se devuelve con otro don por agradecimiento. Al malagradecido se le castiga no dándosele y hasta puede ser que se le quite algo, por malagradecido, él mismo se lo buscó. Aunque el malagradecido siempre esta a tiempo de agradecer e intentar restaurar su relación con la comunidad.

En el mundo campesino no hay nada así como un niño o un joven excluido. Buena parte de las mujeres y los hombres una vez que hacen vida marital ya tienen hijos de otras personas, y esos niños no son excluidos. Pasan a vivir en la casa junto con los otros hijos propios de la relación o a lo más se van a vivir con los abuelos. En aquellos casos en que ya sea por muerte, por “locura” o por otra razón, los niños no puedan ser criados por sus padres o abuelos, no faltará una familia que los recoja y los críe, casi como a un hijo. Y el niño será criado en su cultura de agradecimiento.

Grosso modo, ese es el mundo campesino, coherente, todo relacionado con todo, y en donde todo es un don por agradecer.

Del lado contrario nos encontramos con la ciudad. La ciudad es individual. Todo individuo tiene derecho a escoger su forma de vida como mejor le plazca. La sociedad es un

agregado de individuos que buscan, cada uno según sus escogencias, satisfacer sus preferencias. La sociedad le es al individuo una especie de mina de recursos a los que hay que explotarlos para obtener el mayor beneficio. El mejor ejemplo de ello lo es la sociedad de mercado en la que los individuos se encuentran en una continua relación de compra y venta tratando de obtener el máximo beneficio del otro en toda relación. En la ciudad, el individuo se le presenta a los otros individuos como un recurso para satisfacer sus preferencias. O por el contrario, otros individuos pueden surgir como una amenaza a la que, de ser posible, habrá que eliminar.

Para la ciudad la naturaleza es un recurso para explotar y obtener toda la energía que ella puede generarnos. Se procura la eficiencia y la eficacia, el mayor beneficio con el menor costo. Así se envenena la siembra para que no le caigan bichos, se cumple horario, se vive rodeado de desconocidos provenientes de otras zonas geográficas, algunas incluso costeras. El trabajo es alienado, se produce no se sabe exactamente para qué, ni para quién. El compañero de trabajo, no es el compadre, ni el hermano o primo, todos trabajan individualmente, unos procuran “serrucharle” el puesto al otro, ¡cuidado este es jíbaro! y el otro choro... Y además se supone que este mundo de ciudad es superior y mejor al campesino y todos los creemos, hasta el campesino lo cree cuando ve los espejitos de la ciudad, sus automóviles, sus teléfonos y sus colores brillantes, tan brillantes que encandilan. ¿Cómo puede entrar el campesino a este mundo?...

El agua se usa y se gasta y malgasta. La tierra se explota y se envenena. El hombre tan pulcro, tan re-pulcro que hace todo lo posible por hacerse cada vez más artificial para quitarse cualquier olor o rastro de naturaleza... perfumes, champús, jabones, desodorantes, pastas de dientes, ches-triss, Mc Donald's, Coca-Cola, misses, artificios todos que eliminan lo natural, que extirpan lo campestre. La ciudad explota todo como recurso para generar otro recurso para generar otro recurso, en una cadena sin fin. El Páramo y la Laguna no son ya los lugares sagrados de la ofrenda de agradecimiento son los lugares para explotar a los

turistas como lo intentamos hacer en la laguna de Mucubají o, como en efecto lo somos, en algunos de esos famosos parques temáticos.

En la ciudad lo que no sirve se desecha, o se excluye, como al excluido. El “excluido” es botado de esta sociedad. Aunque “botado” quizás no es la mejor palabra, sino marginado. El excluido pocas veces es literalmente excluido. Casi siempre encontrará industrias ilegales que le abrirán sus puertas para que puedan ser explotados como lo somos todos los demás en la sociedad de mercado.

En el caso merideño el problema se agrava debido al muy acelerado crecimiento de la ciudad. En efecto, desde el Siglo XIX hasta 1952 lo único que muestra Mérida de distinto es el aeropuerto, la Avenida Urdaneta y Campo de Oro, más nada... Seis avenidas y unas treinta calles que se extendían desde Milla hasta El Llano. Ya en 1960 nos encontramos con La Hoyada de Milla y con la subida de Los Chorros. En 1970 se une Mérida a La Parroquia a través de la Avenida Andrés Bello, se construye el primer viaducto y se une a La Otra Banda. En esa misma década la Panamericana pasa a ser una avenida perimetral y comienza el desarrollo de la urbanización Humboldt y la expansión urbana hacia La Pedregosa. En los años ochenta ya Mérida se encuentra unida a La Pedregosa, La Parroquia, Ejido, Zumba, El Rincón y Los Curos. Todas ellas zonas campesinas hacia los años sesenta... Sólo pasaron treinta años para que estas poblaciones se vieran cambiadas radicalmente de zonas campesinas a barrios urbanos.

A esto debe sumársele que durante esta etapa no sólo se vieron afectadas las condiciones de vida de estas poblaciones campesinas, sino que también fueron muchos los campesinos que migraron desde diversas regiones andinas a la ciudad de Mérida, y a otras ciudades, en búsqueda de “mejores” condiciones de vida. Todo ello en concordancia con el discurso político modernizador del momento que veía progreso y desarrollo en la urbanización del país y en la disminución del campesinado nacional.

El resultado es ya de todos conocidos... No logramos convertirnos en un país desarrollado, ni logramos brindar estándares aceptables de vida a la mayoría de la población, no logramos educarlos bien, ni logramos crear una economía capitalista dinámica, ni un buen sistema de salud, etc., etc., etc. Lo que sí logramos fue crear esos inmensos cinturones de miseria, y crear muchas ficciones que nos permiten engañarnos a través de la televisión y la publicidad para creer que vivir en ciudad es “cool” y que vivimos mejor que antes, porque andamos en busetas en vez de bestias.

Todos ellos son sólo muestras de un daño aún peor que hemos vivido y que es la destrucción de nuestro piso cultural. Piso cultural que permitía que en la vida todo tuviera sentido. Para el campesino andino todo tenía sentido, todo lo veía como un don por agradecer. El campesino sabía lo que tenía que hacer y lo sabía bien, sembraba la papa de año y también la hortaliza para el día a día y cuidaba las gallinas y agradecía a San Isidro, a San Benito, La Candelaria y San Rafael por los dones recibidos. Todo se agradece porque los dones trascienden a ellos mismos, trascienden a la comunidad hasta llegar a los santos. En la ciudad, por el contrario, nada es trascendente, todo se consume de forma inmanente según la preferencia del individuo. Nada tiene sentido más allá de su uso por parte del individuo particular.

Por su parte, el campesino que migra a la ciudad todavía mantiene algo de eso y quizás puede entender muchas cosas que les rodea como formas de agradecimiento. En todo caso siempre recuerda el campo de donde vino, y de vez en cuando, puede volver a visitar a los familiares que aún tienen allá para sentirse en casa.

Estos campesinos, que viven en ciudad, crían a sus hijos según sus creencias y su cultura andina, pero estas nuevas generaciones ya no son de allá. La cultura campesina, les es en parte propia, pero también les es postiza, les es ajena, son extranjeros. La ciudad por su parte se encarga de minar las pocas fuentes de sentido que tienen. El rezandero es un brujo mal visto; la ropa debe tener escritos en inglés; el que siembra la tierra es un

“camporuso”; los blancos son superiores a los morenos... ni se le ocurra pensar que tienes sangre indígena; que raya vestirse de giro para bailar a San Benito; escuche la música de Britney, y no a ese grupito chimbo de El Vigía; intente levantarse a un sifrito de la ciudad que tenga carro para que te lleve a la discoteca; imite la forma de ser de los muchachos de la ciudad; hay que usar ropa chévere cueste lo que cueste...

Y los que queremos ayudarlos, de buena fe y todo, ayudamos más bien a afianzar el maltrato, la destrucción de lo andino campesino.

¿Qué podemos hacer? No es sencillo contestar esta pregunta... El maltrato y la destrucción cultural ha sido muy profunda y no existe manera de que podamos devolvemos al pasado para revivir la época de la Mérida campesina. Pero sí podemos empezar por respetar, simplemente respetar, a lo andino campesino que hay en todos nosotros. Comprendamos lo andino como una forma cultural que es parte de nosotros, tanto del joven excluido que ha vivido más directamente la carencia de sentido de la ciudad, como de nosotros que también somos hijos, nietos o bisnietos de campesinos. Veamos lo que hay todavía de nosotros de campesinos y respetémoslo. Entendamos que lo campesino es un don que llega a nosotros de nuestros ancestros y que debemos agradecerle porque es parte conformante de nosotros. O acaso a veces, soterradamente, ¿no creemos más en el yerbatero ante un mal de ojo que en un doctor titulado de la ilustre Universidad de Los Andes?.

Y ante esos niños y jóvenes excluidos con una fuerte raíz campesina no intentemos convertirlos en ciudadanos. Que aprenda un oficio, bien, pero no extirpemos de él su visión agradecida de la vida, no le excluyamos su cultura, reconozcámosla. No sigamos robándoles y robándonos nuestra cultura, nuestro ser. Reconozcamos la cultura andina del campo y dejémonos ya de maltratarla tanto, no seamos tan malagradecidos con nuestros ancestros. Dejemos, y promovamos, que lo andino campesino se manifieste con su esplendor, quizás todavía estamos a tiempo de preservar algo del agradecimiento fundamental de Los Andes,

quizás, y quizás así rescatemos aquella pretérita idea de los abuelos de vivir bien y con respeto.

Quizás el diálogo con esa sociedad que se encuentra más allá de las paredes dentro de las cuales trabajamos debe dirigirse a promover el respeto de lo campesino. Tratar de contrarrestar, aunque parezca tonto, tratar de contrarrestar la influencia de la televisión y la publicidad, para que revelemos lo campesino y nos sintamos orgullosos, verdaderamente orgullosos de eso. No se trata de decir “Yo soy campesino” como muchos lo dicen, muchos que ven su tierra como un recurso a explotar. Se trata de vivir el mundo del modo campesino, del modo del agradecimiento fundamental. Si eso fuese posible, si lo fuese, quizás desaparecería la exclusión como problema porque a un paisano no se desecha... ¿será posible?... No sé, pero una cosa es segura, mientras continuemos viendo el mundo como lo mira la ciudad... seguiremos usando, desechando y botando a lo que no sirve... Mientras continúe dominando la ciudad, desecharemos hombres, campesinos, negros, indígenas... En fin continuaremos desechando, excluyendo, *marginando pobres y empobreciendo nuestra cultura andina... Reconozcámonos y seamos andinos.*

Bibliografía

- Clarac de Briceño, Jacqueline. Creencias y manifestaciones religiosas en el espacio de la cordillera de Mérida. En *Venezuela: Tradición en La Modernidad*. Fundación Bigott y Equinoccio. Caracas – Venezuela. 1998.
- Clarac de Briceño, Jacqueline. *Dioses en el Exilio. Representaciones y prácticas simbólicas en la Cordillera de Mérida*. FUNDARTE. 1979.
- Clarac de Briceño, Jacqueline. *La Cultura Campesina*. Universidad de Los Andes – Consejo de Desarrollo Científico y Humanístico. 1970.
- Fuenmayor, Ramsés. Venezuela: Su enfermedad y crisis actual. En *Libro Homenaje a Humberto J. La Roche Rincón*. Colección Libros Homenaje N° 3. Tribunal Supremo de Justicia. Caracas – Venezuela. 2001.
- Peñalver, Luz; Pargas, Luz y; Aguilera, Oscar. *Pensar lo Urbano. Teorías, Mitos y Movimientos*. Universidad de Los Andes – Consejo de Publicaciones. Mérida – Venezuela. 2000.
- Villamizar, Thania y; Bastidas, Luis. Historia y Oralidad en los campesinos de Mérida. En *Mérida a través del tiempo. Los antiguos habitantes y su eco cultural*. Universidad

de Los Andes – Consejo de Publicaciones. Compiladora Jacqueline Clarac de Briceño.
Mérida – Venezuela. 1996.